Domingo XXXII
8 de Noviembre de 2.009
"<u>El hombre mira las apariencias, Dios mira el corazón</u>".

La celebración de este **domingo XXXII** del tiempo ordinario es una invitación a que **seamos auténticos, coherentes, personas con vida interior**. Podemos vivir la vida pendientes de lo exterior, de la fachada, de las apariencias, de lo que piense la gente; o podemos vivir la vida pendientes de la riqueza de la vida interior. **Los árboles viven de lo que tienen sepultado**.

Para ayudarnos a la reflexión, las lecturas de este domingo nos ponen delante **el ejemplo de una viuda**. **La mujer es un personaje marginado en el tiempo de Jesús**. **Socialmente** no se las consideraba para nada; no se hablaba con ellas en público; **religiosamente** tampoco tenían ninguna consideración, sólo el hombre podía estudiar las Escrituras. Por eso si la mujer se quedaba **viuda**, se quedaba totalmente **desvalida y desprotegida**. Además la viuda de la primera lectura es **extranjera**. Es decir, estamos hablando de **una persona marginada en el tiempo de Jesús, con la que las escrituras tienen una buena consideración: hay que tratar bien a las viudas, porque son seres pobres**. Las viudas de hoy están más cuidadas por la sociedad.

Jesucristo pone como ejemplo a una viuda. Igual que otras veces pone como ejemplo al **buen samaritano**, o al **leproso** que era extranjero que se volvió a darle las gracias. La viuda de la primera lectura es **ejemplo de confianza en el Señor**. Sin tener medios para vivir, está preparando la última hogaza y ya solo le espera la muerte. En esas circunstancias es generosa con el profeta, porque confía en él. La viuda del Evangelio es **modelo de generosidad**, porque hecha en el cepillo del templo lo que tenía para vivir, aunque fuese poco.

La viuda es puesta como ejemplo frente a las ofrendas de los ricos, que son más sustanciosas y más ostentosas; **frente a las apariencias de los letrados** que van buscando el aparentar y el quedar bien; y **frente a los letrados que se aprovechan de la religión** para vivir de ella, se aprovechan de la religiosidad de las viudas para devorar sus bienes.

Así, pues, podemos sacar algunas **enseñanzas** positivas de cómo vivir nuestra religión:

1ª. Lo más importante es confiar en Dios, aunque nos falten otros medios o nos fallen otros recursos. Confiar en Dios **no quiere decir cruzarse de brazos** y esperar que los problemas de la vida te los solucione Dios milagrosamente. **Confiar en Dios quiere decir hacer todo lo que está de tu mano** para solucionar los problemas **sabiendo que Dios tiene la última palabra**. Es tal la confianza que hemos de tener en Dios que tenemos que **aprender a ponernos en las manos del Señor**, a entregarle nuestra vida. Para eso es la religión. Lo que hacían **los letrados**, era al contrario, **se querían aprovechar de la religión**, explotando a las viudas. Fijaos que es un límite nítido, pero difícil de distinguir en muchos momentos de la vida; pero en definitiva, o te

pones en las manos de Dios para que se cumpla su voluntad o intentas dominar a Dios para hacer que se cumpla tu voluntad. **Es lo que hace a la religión distinta de la magia**. En la religión queremos cumplir la voluntad de Dios; en la magia se pretende controlar la divinidad para ponerla al servicio del hombre. **¡Cuántos actos, supuestamente religiosos esconden un interés por controlar a Dios, para que haga lo que yo quiero!**

2ª. Tanto desde el punto de vista religioso, **como** desde el punto de vista **humano**, **son importantes los actos que hacemos**, **pero siempre tienen que ir unidos a actitudes interiores**, que son las verdaderas raíces de los actos. Por eso es importante la **vida interior**, más que lo que aparentamos exteriormente. Si somos buenos tenemos que aparecer como tales, porque sino seríamos un poco tontos. **Los seres humanos miramos las apariencias, pero Dios mira el corazón**. Así **la generosidad de la viuda** no se mira por la cantidad que aportó al cepillo del templo, sino por el desprendimiento que tenía de todo lo que poseía. **La actitud, la intención, califica sustancialmente al acto**, pero no hasta el punto de hacer bueno una acto que de por sí es malo.

¿Confiamos de verdad en Dios, o confiamos más en nuestros medios, en nuestros bienes, en nuestras posibilidades? **¿Somos personas generosas** con las necesidades de los demás o somos tacaños? **¿Miramos el corazón** de las personas, intentando ver sus verdaderas actitudes, o nos quedamos en las apariencias?

Que la presencia del Señor en la Eucaristía **nos dé confianza** en su mensaje y en su persona; que nos ayude a **ver a los demás como él nos ve**; que nos haga **generosos**.